

y el doctor Hugh Welch Diamond
hizo a *Ofelia*



Manuel Palazón Blasco

Manuel Palazón Blasco. Creative Commons Atribución/Reconocimiento-
CompartirIgual 4.0 Licencia Pública Internacional – CC BY-SA 4.0

el gabinete

Entre los años 1848 y 1858 el doctor Hugh Welch Diamond tuvo a su cargo la superintendencia de la Sección Femenina del Asilo de Lunáticos del Condado de Surrey.

Fue, si no el sultán
(si no el visir,
si ni siquiera el caimacán),
el custodio capón,
o priápico,
según,
de aquel serrallo de locas. Fue
su *padre* (*padre*, casi,
de mancebía)
o bien,
por usar otro de los nombres familiares del rufián,
su *tío*
peor.

El doctor Diamond ganó además, por los retratos que hizo de sus pupilas, el título de *padre* (¿otra vez?) de la fotografía psiquiátrica.

Las fotografiaba para investigar la especie de su insania, para clasificarlas, para etiquetarlas, para coleccionarlas, para viviseccionar su espíritu. Las fotografiaba para “suavizar y conquistar” su naturaleza “intratable, salvaje”, para rescatarlas y devolverlas a lo humano. Las fotografiaba también con el propósito de que, si escapaban del manicomio, colgasen sus retratos en las comisarías, y los *bobbies* pudiesen reconocerlas y traérselas de vuelta a su extraño hospital. También, para ilustrar su historial clínico, los estadios de su curación o de su inevitable ruina, y, esa vez, la muerte (el final lógico que confirmaba el diagnóstico) de una que padecía “melancolía suicida”. Las fotografiaba, digo, para aliviarlas en sus cárceles, que las niñas se distraían algo con todo aquel teatro, y hasta para facilitar la reforma de su *psique*, quiero decir, de su alma, que algunas, tras

contemplar, horrorizadas, sus gestos rotos, sanaban mágicamente, se remediaban y redimían.

Posaban, entonces, para él. El doctor Diamond se ocupaba de su attrezzo, de la escenografía: las vestía, adornaba sus cabezas con un pañuelo, con una cofia, con sombreros de paja, con unas trenzas, o bien, cuando buscaba subrayar su *pérdida* y *perdición*, las sacaba desgrediadas, despeluzadas.

Una gastaba cruz y medallita, índices de su manía mística; una sostenía en su mano derecha una manzana, segunda Eva; una interpreta, parece, a Caperucita (una cesta descansa sobre sus faldas, le sonríe al lobo, gamberra); una tiene en su regazo un palomo que parece, ¿no?, muerto; muchas llevan mantilla, o manta (que haría frío) echada sobre los hombros, o dejada caer sobre las rodillas. Una, la más horrorosa (la número 20) lleva el babero a rayas verticales de la institución.

Ofelias victorianas

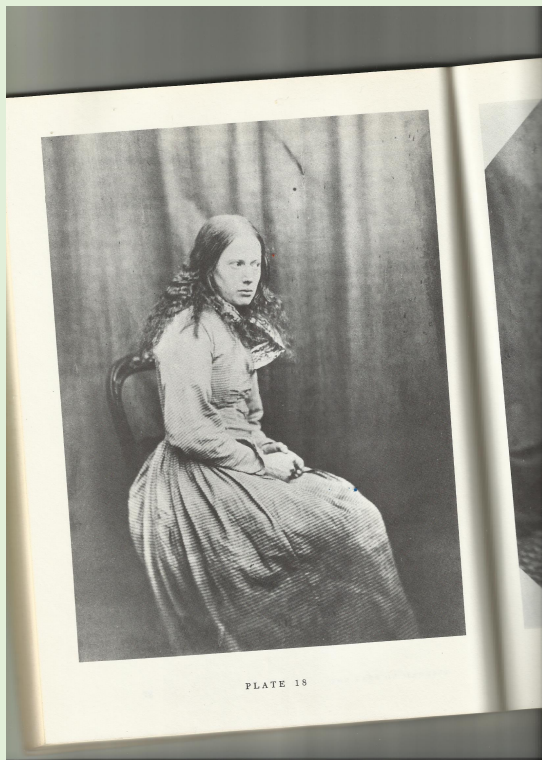
Las muchachas inglesas románticas,
si se taraban,
lo hacían *según*
Ofelia,
se *iban* (*idas*,
idas)
detrás de ella,
representándola.
Así,
salían al campo,
y llenaban un capazo con romero,
pensamientos,
hinojo,
pajarillas,
hierbagracia,
mayas,
que esparcían por el suelo documentando su *histórica*
historia,
su *caso*,
con herbolario
de locas,
así
se desastraban,
y cantaban en camisa letras cachondas
o fúnebres.
Luego,
niñas mayas (“¡Oh, Rosa
de mayo!”),
medio desnudas,
buscaban los fondos turbios del río para terminarse.

Ofelias hijas del Dr. Diamond

cero

A ésta (a la que voy) el doctor Hugh Welch Diamond la fotografió dos veces (era, quizás, la más hermosa de su serrallo inquietante, su favorita).

uno



En la Lámina número 18 el pelo suelto, recién lavado, le cae rizado sobre la espalda. Su postura rígida (está sentada en la silla muy recta, como si quisiera levantarse enseguida y no la dejaran), su mirada, su gesto entero, sus manos apretadas sobre la falda, todo chilla su miedo.

dos



En la Lámina 32 gasta el mismo rostro espantado, pero su médico, y director de escena, le ha recogido el cabello y se lo ha tocado con una guirnalda que remedaba la fantástica que armó Ofelia con hojas de sauce,

“de flor del cuclillo,
ortiga muerta,
velloritas,
y esas orquídeas alargadas a las que los zagales descarados dan un nombre grosero
y que nuestras frías muchachas llaman dedos de muerto”.

tres

¿Hacía ya la pobreta a Ofelia cuando entró en el Hospital de Belén, o quiso el doctor Diamond que repitiese a la desgraciada de cuento, y la fijó como signo, fabricando el *aspecto* de su enfermedad?